

Pessoa, posmoderno

Previos

Conviene aclarar, de comienzo, un par de términos. Cuando digo *Pessoa* no estoy mentando, obviamente, a un «autor» en el sentido clásico del término: un sujeto individual terso, único, constante a lo largo de una «obra», que la administra como su propietario y lector privilegiado. Me refiero, en cambio, a un «espacio pessoano» en que Fernando Pessoa, sujeto cívico portugués que vivió en un cuerpo más o menos estable entre 1888 y 1935, actúa como lo que dice: como una *pessoa*, una persona: una máscara. Ésta denuncia un lugar y, a la vez, lo oculta para protegerlo y obligar al curioso a superarla para entrar en el lugar mismo. Allí habitan numerosos sujetos, heterónimos, que aguardan y acechan al lector anónimo para incluirlo en el espacio pessoano y dotarlo de una denominación igualmente heterónima. El ejemplo más gráfico de esta maniobra está en los traductores de dichos textos. Ángel Crespo, por ejemplo, es un heterónimo del espacio pessoano y, de vuelta, le añade un heterónimo más: el *P.* de sus notas al pie.

Otra aclaración indispensable, aunque vertiginosa, atañe al concepto de posmodernidad. Lo doy como equivalente de lo comoderno o, por mejor decir *trasmoderno*. No lo que viene después de lo moderno, sino aquello que acompaña a la modernidad como su contrafaz, su oponente dialéctico y, por fin, su complemento conceptual. Algo que un alemán podría denominar lo *Nachmoderne*, o sea aquello que se alcanza atravesando lo moderno, que es su obstáculo dialéctico y, al tiempo, su condición de vida.

En este orden, posmoderno es ya Montaigne, el cual, en plena constitución del discurso moderno (coherente, pleno, sistemático, con aspiraciones de universal, derramado sobre la historia desde el pasado hacia el futuro) propone su contrafigura: un discurso fragmentario, intermitente, discontinuo, en que el fragmento es un universo sin proyecciones universales, un discurso que admite sus propias e íntimas vacuidades e intervalos.

Otras insistencias permiten rescatar una continuidad (valga la paradoja) de esta mentalidad trasmoderna: Pascal, el conflicto entre un lenguaje matemático que se autonomiza a mediados del XVII y el lenguaje con voluntad de dominio universal, la aparición de los próceres barrocos (Shakespeare, Cervantes, Defoe) que señalan la impertinencia del

hombre en el mundo histórico, el romanticismo (intento de una lógica del infinito, que hace de todo discurso algo no coextensivo del mundo y, por lo mismo, algo necesariamente fragmentario) y, en la segunda mitad del XIX, la inversión cualitativa y la imposición del discurso trasmoderno como dominante: simbolismo en poesía y lingüística, psicoanálisis, teoría de los *quanta* en física, filosofía de la pura actualidad instantánea (Bergson, Gentile), lógica del intervalo (Valéry), etcétera.

Obviamente, no quiebra la noción de modernidad como el hecho fatal de que todo hombre, de algún variable modo, pertenece al mundo histórico en que vive, siendo contemporáneo de sí mismo. Lo que quiebra es la noción del *deber ser moderno* (el *il faut être absolument moderne* de Rimbaud), iniciándose la filosofía de lo intempestivo, de lo desfasado en el tiempo (Nietzsche) y el privilegio otorgado al porvenir por los futuristas.

No hay que confundir, de otra parte, trasmoderno con antimoderno. En efecto, a veces se ha razonado, con justeza (por ejemplo, en *Los hijos del limo* de Octavio Paz) que la poesía moderna se ha hecho en contra, paradójicamente, de los ideales de la modernidad, recogiendo una herencia ancestral de tipo gnóstico, en que se codean los neoplatónicos, los cabalistas, los esoteristas del barroco y los ocultistas de la moderna teosofía. Frente al progreso, la insistencia; frente a lo manifiesto y razonable, lo oculto y oscuro. Esto también aparece en Pessoa, pero no constituye el objeto de las presentes páginas.

Rasgos trasmodernos

Lo definatorio de la trasmodernidad, la lógica de lo discontinuo, aparece descrito en este párrafo (Alvaro de Campos en *Athena*, 1924, LA, 255):

...la integración se manifiesta como *cohesión*, la desintegración como *quebrantabilidad*, esto es, tendencia a que, por causas (en este nivel) macroscópicamente externas casi todas —perpetuamente operantes, además, en mayor o menor grado— el cuerpo se escinda, se quiebre, deje de ser el cuerpo que es. En el llamado mundo orgánico se mantienen, variando de nombre, porque también la forma de manifestación, estas dos fuerzas.

¿Cómo es pensable un mundo sin cohesión? Una actitud radical exigiría para cada fragmento instantáneo una lógica y un lenguaje propios. No es la salida pessoana, claro está. Entre fragmento y fragmento hay un elemento de relativa estabilidad, que es el lenguaje. Digo relativa porque el lenguaje tampoco vive en un espacio inmarcesible de identidad, sino que se da, operante, por la intervención del lector: «El único prefacio de una obra es el cerebro de quien la lee» (Alvaro de Campos en RD, 205). Diríamos que un mismo texto se «parece» a sí mismo en dos lecturas distintas y que el lenguaje que da cuenta de ambas lecturas también se «parece» a sí mismo. En este parecido, que no identidad, hay un elemento de relativa y móvil fijeza que evita la dislocación irracional del discurso. Éste no tiene racionalidad, sino que la busca e intenta constituirla en un ejercicio infinito.

El discurso trasmoderno no intenta dar cuenta de una realidad en que los límites y el sentido, como datos, señalarían el éxito de una empresa hermenéutica. Es un discurso, por el contrario, que opera con una lógica de lo ficticio acerca de un mundo sin esencia

al cual responde un decir también inesencial. ¿Cuál es el objeto del discurso que proclama ambas carencias? He allí el mayor desafío pessoano, el de las palabras en libertad. Es un conocimiento que trabaja expresando sentimientos no experimentados, con un talante insincero, haciendo de lo ficticio un saber y convirtiendo estos artificios en magisterio para la vida, en oposición al discurso de la «experiencia vivida» de la modernidad. El arte crea (no como la ciencia, que descifra) en el espacio en que la historia no puede hacer nada, en los agujeros y silencios del devenir. Y estos ecos del vacío enseñan al hombre a vivir.

El discurso se erige, así, como única garantía contra la disolución, único objeto que el propio discurso respeta en su desmontaje aniquilador. El hombre que atraviesa las sucesivas experiencias de lectura es un iniciado involuntario, alguien que, sin saberlo, adquiere el saber que pavimenta el camino de perfección, hasta que, cualquier día, se encuentra conversando con los ángeles. ¿Lo has hecho ya tú, lector?

Un mundo intrascendente

El mundo pessoano es un mundo sin Dios, más aún, sin instancia trascendente y sin sucedáneos de dicha instancia. Mundo de radical extrañeza para el Hijo, abandonado por un Padre que parece no existir. El hombre se margina de todo aquello a lo que pertenece y el tiempo, desasosegado, nada tiene que ver con la espera de algo. Sólo se espera la muerte en una suerte de vivienda provisoria que afecta la apariencia de una posada. La vida, según la adjetiva Bernardo Soares, es «monótona y necesaria, dirigente y desconocida».

No sé que sentido tiene este viaje que he sido forzado a hacer, entre una noche y otra noche, en compañía del universo entero (LD, 278).

Este mundo extraño y desasistido de todo reaseguro esencial, al carecer de trascendencia, es el único mundo con que cuenta el hombre. De ahí lo legítimo de la pregunta de Soares: «¿Qué está haciendo aquí todo esto?» Pregunta, ni qué decir tiene, definitivamente religiosa, ya que interroga por la *ultimidad*: «¿Por qué existe todo lo que existe?»

Un comienzo de respuesta es el acto de escribir. Se proclama que, en medio del mundo ancho y ajeno, hay una patria: la lengua portuguesa (o la inglesa). Pero, claro es, existen otras lenguas, equivalentes y distantes, que son patrias bárbaras, patrias extranjeras. Y existe la inconclusa o semiderruida torre de Babel, carente del diccionario de los diccionarios y, a veces, visitada por un bibliotecario ciego que se define como «un argentino extraviado en la metafísica».

Es decir: en un mundo radicalmente profanizado, el hombre puede reformularse las primarias interrogantes de la religión (no de ésta o aquélla, sino de todas).

Si la verdad existe, es inaccesible: es como si no existiera. No hay solución a los problemas ni preguntas con respuestas. En saber formular «bien» estas imposibilidades radica la mínima lógica ficcional del discurso. Ahora bien: para poder pensar, hay que distinguir, y toda lógica se basa en una distinción elemental, que pone fuera del juego a uno de los términos de comparación, sacralizándolo. En Pessoa es sagrada la mera existencia